KORIMBA.COM
CARL JACOBI
LA TUMBA DEL MÁS ALLÁ

Fue a finales de septiembre, mientras trabajaba como agente inmobiliario de Payne, Largarten and Company, en Boston, cuando entré por primera vez en ese distrito conocido como el País de Opal Lake. Las treinta y cinco millas de Pine Island a Flume solo podían hacerse en automóvil, sin trenes que hicieran el recorrido por el ramal del interior durante los últimos seis años, o desde el cese de la industria maderera.

Estaba muerto de cansancio de un viaje de dos días y seis horas. Mi ánimo se desplomó aún más cuando me senté encorvado en el asiento trasero del viejo Ford y contemplé el aspecto desolado de la región.

Flume, mi destino, era una de esas deprimentes rarezas que uno encuentra ocasionalmente: una ciudad desierta. Pero si la conclusión de mi viaje iba a ser poco gloriosa, el enfoque no fue menos deprimente. El día era frío y sombrío, un viento fuerte golpeaba el parabrisas, proveniente del norte. La carretera era tortuosa, sin reparar vaya uno a saber desde hace cuánto. En un momento atravesó un cementerio demacrado. A un lado, caídos en varios ángulos, había postes podridos de una línea de telégrafo abandonada. Los cables colgaban como una vid gigantesca, marchita, en descomposición.

La personalidad de mi compañero tampoco hizo el viaje más placentero. Un finlandés imperturbable y taciturno, respondió a mis preguntas con asentimientos o gestos ininteligibles alrededor de la boquilla de su pipa y limitaba toda su atención a mirar el camino desigual.

Fue cuando alcanzamos una colina, un punto donde la carretera iluminaba una vieja morrena terminal, que yo, pasando la mirada por debajo de mí, le comenté al conductor:

—El Lago de Ópalo, ¿no?

Él gruñó un asentimiento. Miré hacia el círculo perfecto incrustado allí. Más adelante, cerca del punto donde juzgué que estaba la ciudad abandonada de Flume, había un lago mucho más pequeño, este curiosamente en forma de media luna.

—¿Y el otro? —pregunté, mirando hacia arriba una vez más—. El pequeño lago a la derecha, ¿cómo se llama?

El conductor dio una calada y una nube de humo azul se arremolinó hacia mi cara. De alguna manera tuve la impresión de que mi pregunta lo había perturbado. Se volvió,

miró hacia la franja de agua en forma de media luna y dijo:

—Eso no es un lago.

El hombre no estaba bromeando. Mientras alcanzaba un cigarrillo y ponía las manos alrededor de la cerilla, estaba a punto de responder que mi visión, a pesar de la necesidad de usar anteojos para leer, seguía intacta. Pero en ese momento, el coche hizo un corte profundo en la carretera, se inclinó bruscamente y me vi obligado a sujetarme con fuerza. Cuando la carretera volvió a tomar un plano relativamente parejo, la idea había pasado.

El anochecer se había apoderado de nosotros cuando, media hora más tarde, doblamos una curva y entramos en las calles vacías de Flume. Fue aquí, según nuestro acuerdo de correspondencia, donde iba a encontrarme con mi cliente, Julian Trenard. Por un momento, mientras avanzábamos lentamente, pensé que se había olvidado de nuestro encuentro. Luego llegamos a la altura del edificio tapiado que una vez albergó la tienda de muebles de la ciudad, y entonces lo vi.

En la penumbra, al principio parecía sólo una sombra más, inmóvil, con las manos colgando a los costados. Era alto, y su estatura se acentuaba aún más por el largo poncho de lluvia negro que le colgaba holgadamente de los hombros. No dio señales de vernos cuando nos detuvimos con estrépito ante él, hasta que salí del coche y di un paso adelante.

—¿Es usted el señor Trenard? —pregunté vacilante.

Mi voz envió una conmoción visible a través de él, y comenzó a prestar atención de repente como si hubiera estado inmerso en sus pensamientos.

—Soy Arnold —continué—, John Arnold de Payne, Largarten and Company. ¿Recibió mi carta?

—Sí —asintió lentamente y después de un momento extendió su mano—. Puede despedir a su conductor, Arnold. Está a poca distancia de mi casa y podemos hablar mientras caminamos.

El hecho de que no me deseara la bienvenida ni expresara agradecimiento por haber venido, ni siquiera como una cuestión de cortesía, me hizo retroceder un poco y me quedé de pie estudiando al hombre en silencio. En la creciente oscuridad, las evidencias de años pasados bajo un sol tropical eran claramente evidentes. Estaba notablemente erguido, con los hombros anchos y cuadrados, marcando, al parecer, un hombre de determinación y fuerza. Sin embargo, el lado izquierdo de sus labios se movía constantemente, y había una mirada furtiva en sus ojos que sugería miedo.

Le pagué al conductor, quien, todavía en silencio, me entregó mi bolsa de mano, luego hizo girar el auto en el centro de la calle y echó a correr en la dirección por la que había venido.

—Hay dos caminos —dijo Trenard abruptamente, después de que el conductor se hubiera ido—, uno bordeando el lago y otro más corto a través del bosque. ¿Cuál prefiere?

—¿Hay un lago, entonces? —pregunté, recordando el extraño comentario del conductor.

Por un momento, Trenard no respondió. Miró al frente y caminó hacia adelante un par de pasos.

—Un lago, sí —dijo lentamente—. ¡Un lago del infierno!

No hace falta decir que esta declaración cabalística volvió a confundir mi cerebro y no pude encontrar palabras para responder.

Llegamos a las afueras de la ciudad y entramos en los restos de un antiguo camino maderero, sólo dos surcos, por lo que tuve que caminar por un lado y Trenard a cuatro pies por el otro. El hombre no dio señales de comenzar esa conversación que había anunciado. Caminamos en silencio.

Ahora estaba bastante oscuro, el camino que teníamos ante nosotros estaba amurallado por dos filas de árboles altísimos. Arriba, espesas nubes de terciopelo se extendían por el cielo bajo, pero hacia el este, un creciente círculo de resplandor mostraba dónde la luna estaba tratando de abrirse paso.

Mientras el hombre continuaba sin decir nada y yo no podía pensar en algo digno de perturbar su introspección, caí en un pensamiento profundo, reflexionando sobre toda su colorida historia que había intrigado al mundo un año antes.

Aquí, entonces, estaba el líder de la expedición Trenard-Fielding que hizo época y que había descubierto, frente a la costa del norte de la Borneo británica, los restos de una civilización hasta entonces desconocida; la ciudad incomparable e indecible de Dras. Recordé los extensos relatos de los periódicos que se habían dedicado al hallazgo de la ciudad sumergida y los extraños artefactos traídos de regreso a Nueva York.

Allí, en el fondo del mar, Trenard había recorrido las calles de una ciudad enterrada bajo el agua durante siglos. Había encontrado edificios de mármol, arquitectura que no se vio afectada por la invasión romana o árabe, estatuas de deidades de una religión distinta y separada, y jeroglíficos tallados que aún eran indescifrables. De hecho, la expedición fue un éxito.

Pero a Fielding no le había ido tan bien. Su repentina muerte había sido un shock para todo el país, y especialmente para sus colegas de la Universidad de Virginia. Había extraños rumores de que había sido asesinado por un monstruo marino invisible que acechaba en las profundidades, rumores que habían sido parcialmente verificados por otros miembros de la expedición, pero que en todos los casos Trenard los había negado rotundamente.

En el centro exacto de la ciudad cubierta de agua, según el popular libro de Trenard: Los misterios de la hundida Dras, se había encontrado un gran mausoleo donde aparentemente estaban sepultados los cinco reyes de la última dinastía. Por alguna razón, Trenard estaba tan cautivado por la belleza arquitectónica o las asociaciones reales de este edificio, que lo había elevado a la superficie, segmento por segmento, y enviado de regreso a los Estados Unidos. Fue una empresa tremenda, que involucró el uso de grúas y equipos costosos y puso en peligro la vida de muchos hombres. ¿Por qué Trenard eligió este edificio en lugar de los muchos otros que había, y por qué sacrificó una mayor exploración y la eliminación de otros objetos para levantar solo uno? Esto, para la mente popular, era un misterio.

Se dijo, por supuesto, que la fiebre que lo había retrasado durante tres semanas en Kuching, en la costa occidental de Borneo, le había desequilibrado la mente. También se decía que el radiograma que le había llegado en el mar de Java, en el que se le informaba la repentina muerte de su hermana, Sylvia, lo había dejado medio loco y le había provocado una extraña obsesión.

En cualquier caso, Trenard se había llevado el mausoleo a Nueva York. Luego, para aumentar los gastos, lo había transportado en tren y camión a su hogar en el desierto cerca de la ciudad de Flume. Eso fue hace un año.

Flume en ese momento era solo un monumento de la industria pasada. Solo unas setenta y cinco personas permanecían en la aldea. Pero había oído o leído en alguna parte que tres meses después de que el mausoleo fuera instalado en el cementerio de la ciudad, y el cuerpo de su hermana fallecida, Sylvia, sepultado en él, cada uno de los setenta y cinco había hecho las maletas y se había ido en masa.

II

Mi ensueño de repente llegó a su fin cuando Trenard, agarrándome del brazo y hablando por primera vez en un buen rato, dijo:

—El camino se bifurca aquí. Tomemos el sendero del bosque. El camino del lago es considerablemente más largo.

Asentí con la cabeza y aceleré el paso para seguirle el ritmo. De repente, el camino

que teníamos ante nosotros se abría a un gran claro, y allí, cincuenta metros más adelante, se alzaban las paredes de una casa enorme y alargada. La miré con frialdad. Incluso en la penumbra, el estilo simple y severo de su arquitectura era evidente. El edificio, aunque con estructura, no tenía la menor sugerencia de frontón u ornamentación, y se elevaba hacia arriba y hacia los lados como una enorme caja de embalaje.

Trenard me abrió el camino hasta una pequeña puerta, la abrió con una llave y me hizo entrar.

Para un decorador de interiores, supongo, esa habitación habría atraído por estar amueblada con buen gusto. Pero para mí, ya deprimido por la tristeza de mi paso por los bosques de septiembre, me pareció aún más austera que el exterior del edificio.

Las paredes blancas corrían hasta un techo abovedado de un azul enfermizo. En el lado opuesto a mí, a mitad de camino, se extendía una pequeña galería que se desviaba en una amplia curva y terminaba en una empinada escalera, la balaustrada era de plata pulida. En un rincón había una estantería de porcelana blanca y en la parte superior había dos curiosas figuras de ébano. Una tenía la semejanza de un gran pez de aguas profundas, con enormes escamas y una parte central hinchada. La otra era una talla de un buzo con casco y equipo completo. Con todo, la habitación daba la impresión de una frialdad absoluta, y mis ojos se movían de un lado a otro, buscando un poco de rojo o marrón para romper la gélida monotonía.

Trenard se había quitado el sombrero y el abrigo. Se movió hacia una puerta comunicante, diciendo:

—Póngase cómodo, Arnold. Le traeré un pequeño refrigerio. No tengo sirvientes. He vivido aquí solo desde la muerte de mi hermana.

Antes de que pudiera explicarle que había comido abundantemente en Pine Island, él se había ido y yo me quedé con mis pensamientos.

Medité sobre las extrañas formas en que se manifestarían las fantasías ornamentales de un hombre. Luego, encendiendo un cigarrillo, arrojé mi sombrero y mi abrigo a una silla y me acerqué a la estantería. Estaban los volúmenes que esperaba encontrar: un atlas, relatos de viajes, textos sobre buceo en aguas profundas, el Archipiélago malayo de Wallace y una o dos obras técnicas sobre civilizaciones antiguas. Pero mi atención fue atraída abruptamente por un gran cuadro enmarcado que colgaba de la pared blanca.

Era una fotografía ampliada, una escena tomada bajo el agua por una cámara sumergible. Me di cuenta al instante de que se trataba de una vista de la calle principal de la ciudad hundida de Dras. Vagamente, a través de la borrosidad del agua

y bajo el resplandor de lo que aparentemente era el haz de luz del submarino, se abría una masa informe de edificios ornamentados, columnas y chapiteles en sombras. Era indistinta, sin embargo, esa misma falta de línea y límite aumentaba su misterio y atractivo. En primer plano se podía distinguir un banco de peces, y en un punto en la parte trasera, por encima de la ciudad, colgaba una masa negra, informe, que aparentemente no se había registrado en las líneas de la cámara.

Por un instante me quedé allí, preguntándome qué podría haber causado esta mancha en una fotografía por lo demás casi increíblemente perfecta. Luego, lentamente, tuve una sensación singular de que mis ojos estaban enfocados, de que otra voluntad más fuerte que la mía no les permitiría apartarse. Era inexplicable ese sentimiento. Parecía como si algún ojo oculto estuviera mirando desde debajo de esa decoloración en la impresión, mirándome con la mirada controladora de un hipnotizador.

Un momento después, pensé que la sombra informe había comenzado a moverse, a arrastrarse lentamente hacia mí con el movimiento vacilante de un cuerpo pesado en aguas profundas.

Pasos pesados y un portazo rompieron el hechizo abruptamente, y me volví para encontrarme con Trenard que se acercaba con una bandeja de porcelana. Se sentó frente a mí, encendió una vieja pipa de espuma de mar y procedió a perderse entre nubes de humo de tabaco.

—Señor, Trenard —dije por fin, terminada mi comida—, debemos ponernos de acuerdo en un tema: el precio. Creo que mi negocio puede concluir aquí con el menor problema y lo antes posible. Hemos encontrado un comprador potencial de su propiedad. Sin embargo, debe darse cuenta de que debido a los inconvenientes causados por el abandono de la ciudad de Flume, no puede cobrar un precio muy alto.

Pareció notablemente aliviado con esta información, y dejando a un lado su pipa, respondió rápidamente:

—Entonces aceptaré la oferta, sea la que sea. Tengo que irme de aquí y no puedo hacerlo hasta que me haya dado cuenta del dinero invertido en la propiedad.

Asentí con la cabeza, desconcertado por su marcada vehemencia.

—Mi empresa estará a la altura de su reputación de imparcialidad —le aseguré—. Como su agente, solo solicitaremos la comisión habitual por encontrar un comprador y completar la transacción. Entonces, ¿preparamos los papeles ahora? De ese modo podré retirarme por la mañana?

—Los papeles pueden esperar —respondió Trenard—. Será más fácil a la luz del día. Y si me disculpa, tengo la costumbre de retirarme temprano. Puede quedarse aquí y

leer, si quiere. Se accede a su habitación por las escaleras y es la segunda puerta a la derecha.

Asentí en silencio y lo observé mientras subía las escaleras con mi bolsa de mano y desaparecía en algún lugar de la oscuridad de la galería de arriba. Una vez más se mostró desconsiderado, perturbado o característicamente descortés, porque no hizo ninguna oferta para darme las buenas noches.

Después de mi refrigerio, el profundo cansancio que tanto me había embotado desde mi llegada a Pine Island se fue gradualmente, y ahora no sentía deseos de dormir. Tomé un ejemplar encuadernado en piel del libro de Trenard, y lo abrí distraídamente. Un reloj marcaba de manera constante, en alguna parte, mientras miraba al azar a través de las páginas. Luego llegué a varios pasajes que habían sido subrayados con lápiz, y ante ellos mis ojos dudaron lo suficiente para leer:

«Un estudio cuidadoso de los jeroglíficos de la tumba me ha llevado a la creencia de que los habitantes de Dras habían alcanzado una inteligencia considerablemente más alta que la que el observador promedio podría obtener con sólo examinar los artefactos traídos a la superficie. Soy de la opinión de que el los eruditos y los sabios de las cortes de los cinco reyes de la última dinastía habían sondeado en un grado notable las profundidades del cálculo matemático abstracto y la física teórica.»

Y otra vez:

«La teología drasiana parece haber sido una combinación inexplicable de las formas más viles de la demonología y un concepto científico de la relación entre tiempo y espacio, o para ser exactos, una intelección religiosa basada en la creencia de que el continuo de cuatro dimensiones, como nosotros lo llamaríamos hoy, está plagado de horrores, cuya maldad ni siquiera puede concebir la mente finita. En este sentido, casi me hacen creer que Einstein fue crudamente anticipado por miles de años.»

Por más fantásticas que fueran estas declaraciones, medité en ellas. Hacia el final del volumen, metido en las páginas, me encontré con un trozo de papel cubierto con escritura a lápiz. Permítanme decirles que, por lo general, no soy adicto a leer las anotaciones personales de otras personas, pero casi antes de darme cuenta, estaba leyendo lo siguiente:

«¿Es posible que el interior del espacio del mausoleo en sí mismo constituya una ruptura de las coordenadas espacio-temporales, un canal, por así decirlo, una abertura formada de alguna manera desconocida por los sacerdotes de Dras, que conduce desde nuestro propio mundo tridimensional hacia la cuarta dimensión? Es un pensamiento que parece increíble. Sin embargo, las extrañas historias que contaron los aldeanos y su frenético éxodo de Flume lo confirmarían. Seguramente la historia que Fielding que contó antes de su caída la última vez no era cierta. Pero incluso si lo

fuera, sería una locura pensar que me ha seguido y está ahí fuera ahora, Dios no lo quiera, con la pobre Sylvia. ¿Qué significa todo esto?

«Hoy, uno de los guardabosques del distrito al norte de aquí pasó y confirmó lo que ya había supuesto. El dique construido por el gobierno para mantener el lago Opal a su nivel se ha estado desgastando y existe el peligro de inundación. No puedo imaginar qué tan alto subirá el agua si se rompe. Pero debo alejarme de aquí. Me volveré loco si me quedo.»

III

Me recosté y miré estas enigmáticas líneas frunciendo el ceño. Sin duda, era la letra de Trenard, pero, ¿qué significaba, según las propias palabras de la nota?

Finalmente, encogiéndome de hombros, cerré el libro, lo arrojé a la mesa y me puse de pie. Había una pequeña puerta de tamaño medio justo delante de mí y, como mínimo, ofrecía una salida de mis pensamientos. Ansiaba salir de la habitación. Las paredes blancas y frías, el techo azul y los muebles lúgubres produjeron en mí esa misma sensación de tristeza que se encuentra en el interior de un hospital. Abrí la puerta y salí bajo el cielo nocturno.

Era un pequeño balcón que se extendía por la parte trasera de la casa. Incluso mientras caminaba hacia el borde de la barandilla, la luna repentinamente atravesó una última grieta de nubes, y vi debajo de mí, como una capa de plata estriada, un lago largo y estrecho, el agua chapoteando contra los arbustos casi en el los cimientos del edificio, las orillas más lejanas ocultas por una franja de árboles. En línea recta, la superficie que se elevaba suavemente estaba intacta, pero hacia la izquierda, hacia la ciudad abandonada de Flume, el agua estaba salpicada de filas ordenadas de objetos blancos, que a esa distancia parecían pedazos de tiza anclada. Más adelante se amontonaba una sombra espesa, los contornos de un edificio enorme.

Por un momento, me quedé allí, meditando. Entonces, cuando mis ojos fueron atraídos una vez más hacia esas hileras de cosas blancas, y me invadió un pequeño estremecimiento de comprensión.

El conductor que me había traído de Pine Island tenía razón. Esto no era un lago. ¡Esos bloques blancos eran lápidas! Las lápidas y la extensión de agua frente a mí deben ser un desarrollo de los últimos meses, un cementerio inundado. El dique en la orilla norte del lago Opal finalmente se había desgastado, y el agua, buscando su propio nivel, había fluido hasta aquí, inundando sin respeto el último lugar de descanso de los muertos de Flume.

Mirando directamente debajo de mí, vi un pequeño bote de fondo plano, detenido en la orilla bordeada de arbustos. Que mi anfitrión remara en una masa de agua así me

pareció de lo más singular. Y, sin embargo, mientras contemplaba la pequeña embarcación y los remos cortos y rechonchos arrojados descuidadamente a su lado, sentí un claro impulso de que yo mismo saliera al agua iluminada por la luna. Me debatí un momento, luego me levanté por encima de la barandilla y bajé la corta distancia hasta el suelo. Había una cierta atracción macabra por la escena que tenía ante mí.

Cinco segundos después ajusté los remos en las esclusas y empujé con suavidad contra las olas. Sin saber por qué, me dirigí hacia el este, siguiendo la línea de la orilla. La luna, aunque alta en los cielos, parecía extrañamente hinchada y desproporcionada. Mientras remaba más y más lejos, la pared blanca que marcaba la casa de Trenard se hundía más profundamente en la penumbra del follaje y me miraba como un rostro sin ojos envuelto en una capucha. De vez en cuando, apoyaba los remos en el banco y me sentaba a contemplar la escena.

En ese momento me encontraba en esa parte del lago que estaba directamente sobre el antiguo cementerio y, mirando por encima del hombro, pude ver, a cierta distancia, el mausoleo de Trenard. Allí, dentro de sus antiguos muros, estaba sepultada su hermana, Sylvia, enterrada en un monumento que alguna vez había albergado a los cinco reyes de Dras. Tiré más fuerte de mi remo izquierdo y me dirigí hacia él.

El lago era aún más estrecho aquí, las orillas se cerraban y podía ver hileras de lápidas blancas y cruces inclinadas que se elevaban sobre el agua. Las olas golpeaban contra ellas en un canto fúnebre líquido. El agua también parecía más clara que la del frente de la casa de Trenard. Mirando hacia abajo por encima de la borda del barco, creí ver más lápidas y cruces muy abajo en las oscuras profundidades, de un blanco reluciente, como montículos dispersos de huesos blanqueados.

Entonces, la masa sombría del mausoleo se elevó como una cortina ante mí. A simple vista, la arquitectura podría clasificarse como oriental, y el techo abovedado se elevaba con gracia, como una mezquita musulmana. Sobre la puerta, había una horrible gárgola posada sobre un bloque de piedra.

Llevé el bote al otro lado, oscuro allí con la sombra de la luz de la luna oculta, pero aun revelando una pequeña ventana con barrotes de hierro que había sido cortada a través de la pared. Con el bote flotando cerca del costado de piedra, me estabilicé, extendí la mano y me esforcé por ver el interior. No vi nada. Sólo un pozo de oscuridad se cruzó con mis ojos. Por un momento, permanecí en esa peligrosa posición, mirando entre los barrotes. Y luego mi cabeza se echó hacia atrás con repulsión.

Golpeando mis fosas nasales desde los recovecos internos de esa bóveda había llegado un horrible olor fétido, un repugnante olor a inmundicia indecible. Surgió sobre mí como una manta putrefacta de moho verde, amordazándome la garganta y la laringe. Me aferré allí, vomitando y jadeando. Por un instante, solo hubo silencio y ese aliento

enconado. Luego, sin previo aviso, surgió del interior de esas paredes un prolongado silbido, como de vapor, y un fuerte chapoteo lento en el agua interior. Algo frío y pegajoso se deslizó por mis manos apretadas allí sobre las barras de hierro, y las aparté chorreando sangre, cortadas hasta el hueso.

No grité: sólo me dejé caer en el bote y comencé a remar furiosamente hacia la orilla. Trabajé los remos con fuerza, hasta que me dolieron los hombros. Mi corazón latía como el de un corredor.

De vuelta en mi propia habitación en la casa de Trenard, me senté en el borde de la cama y me miré las manos. Ambas estaban marcadas con profundos cortes desiguales entre la muñeca y el primer nudillo. La sangre que brotaba de las heridas teñía los dedos de carmesí.

Confundido, desconcertado, vertí una cantidad de agua y lavé cuidadosamente los miembros heridos. Luego, utilizando el pequeño botiquín de primeros auxilios que siempre llevo en mi bolsa de mano, lavé cuidadosamente los cortes en yodo, luego apliqué gasa y cinta adhesiva.

No puedo decir cuánto tiempo estuve allí despierto. Mi cerebro estaba dando vueltas y vueltas, buscando una respuesta a todo. Pero al fin caí en un sueño intermitente.

El retumbar del trueno estaba en mis oídos cuando desperté. La lluvia cortaba el cristal de la ventana de mi dormitorio y, en la penumbra de la madrugada, un muro de árboles, un poco más allá, se doblaba ante un viento furioso.

Me puse de pie de un salto con una exclamación. El mal tiempo significaba malas carreteras y, teniendo en cuenta el mal estado del tramo ferroviario Flume-Pine Island, esta tormenta inesperada podría provocar una estancia forzosa en la casa de Trenard, un panorama que, según lo consideré, alcanzó proporciones espantosas.

Vestido, bajé las escaleras para encontrar mis peores miedos hechos realidad. La lluvia caía a torrentes, y el camino que conducía a través del claro hacia el bosque era un torbellino de barro y agua.

La pequeña puerta que conducía al balcón que daba al lago estaba abierta, y acercándome al alféizar, me detuve y miré hacia afuera. Julian Trenard estaba de pie junto a la barandilla, mirando hacia el lago espumoso delante de él. Estaba empapado y el agua le caía por la cara en pequeños riachuelos. De repente se dio cuenta de mi presencia, se dio la vuelta y regresó a la habitación. Lo miré mientras se movía hacia una silla y se hundía en ella con un gemido bajo.

—Arnold —dijo—, ¿alguna vez has profundizado en la teoría de la relatividad? ¿Sabes algo de los principios del espacio-tiempo, de la cuarta dimensión? ¿Crees que hay

otros mundos a nuestro alrededor, mundos que, debido a nuestros limitados sentidos tridimensionales, no podemos ver ni comprender?

Saqué un cigarrillo, lo encendí dos veces antes de responder.

—Sí, por supuesto —dije—. Mi fuerte no es la ciencia, pero he leído los artículos habituales. ¿Por qué?

El nervio cerca de la boca de Trenard se crispó violentamente. Se levantó, caminó hasta la pared más lejana y regresó, luego vaciló ante mí, apoyándose con fuerza en la mesa.

—¿Y crees que es verdad que en ese otro mundo cuatridimensional existen formas de vida completamente alejadas de nuestra propia escala evolutiva, criaturas horribles más allá de los límites más lejanos de nuestra imaginación? ¿Crees eso?

—¿Quién sabe? —respondí—. Sería lógico que así fuera, supongo. Pero lo desconocido siempre se encarna popularmente con extraños terrores. Por ahora solo tenemos una maraña de cálculos matemáticos.

Se dio la vuelta sin escuchar, y mientras lo miraba con curiosidad, creí ver sus labios formar las siguientes palabras una y otra vez: ¡Oh Sylvia, Sylvia!

Tanto el desayuno como las posteriores formalidades comerciales fueron lúgubres. La tormenta, en lugar de amainarse, creció constantemente con furia, y nos sentamos en esa habitación triste con el trueno martilleando sobre nuestras cabezas y el viento que soplando sobre las paredes exteriores. Llegó el mediodía y pasó, sin que Trenard sugiriera un almuerzo. Curiosamente, el hombre no pareció darse cuenta del hecho de que mis dos manos estaban fuertemente atadas por un vendaje, o si lo hizo, no me interrogó al respecto. Las heridas, dicho sea de paso, me preocupaban. Aunque no las había inspeccionado desde la noche anterior, se sentían calientes y febriles, y una desagradable sensación de pulso, latiendo profundamente en los cortes, me hizo decidir visitar a un médico inmediatamente después de mi regreso a Boston. Pero los eventos inexplicables, de los cuales esas heridas llegaron al clímax, los aparté deliberadamente de mi mente. Eso era algo en lo que no podía pensar sin temblar de horror.

De repente, a las cinco de la tarde, cesó la lluvia y el viento, y sólo quedó un ocasional trueno retardado y hosco. La tormenta había pasado.

Con el apaciguamiento de los elementos, Trenard de repente se puso en acción. Un temblor pareció atravesarlo de la cabeza a los pies, y llamó en voz baja:

—Ya voy, Sylvia.

Corrió locamente por la habitación, abrió la puerta exterior y desapareció. ¿Había llegado el hombre al clímax de alguna enfermedad mental? ¿Fueron sus acciones extrañas, su aparente obsesión, el resultado de un cerebro enfermo?

Esperé, indeciso. Luego, mientras la fría oscuridad de esa habitación se acumulaba a mi alrededor, me acerqué a la puerta y lo seguí. Sus huellas estaban incrustadas en la marga húmeda, y lentamente, medio retenidas por algún temor interno, las tracé alrededor de la pared exterior de la casa. Al principio pensé que se dirigía al pequeño bote que había usado la noche anterior, pero el sendero conducía más allá, a través de un denso matorral, hacia una sección baja y pantanosa de tierra, y finalmente hasta el borde del lago.

Me detuve detrás del tronco de un árbol y miré hacia adelante. Trenard estaba allí, hundido hasta las rodillas en el agua, arrastrando una barcaza de fondo plano hasta la orilla desde su boya de anclaje. A lo largo de la franja de playa había siete tambores de acero, barriles negros de aparentemente cincuenta galones de capacidad. Ni siquiera podía adivinar su contenido.

Mientras observaba, Trenard empezó a hacer rodar los barriles en la barcaza. Eran terriblemente pesados, al parecer, el hombre aparentemente usaba cada gramo de su fuerza en la tarea. La barcaza en sí era un asunto extraño. Mitad balsa, mitad bote, estaba hecha de troncos sin cortar, atados con alambres y cuerdas de todos los tamaños y descripciones.

Desconcertado, incapaz de comprender sus acciones, me mantuve a la sombra protectora del árbol y observé cómo el trabajo se completaba. El sudor corría por su frente. Se había quitado el abrigo y, sin sombrero, el pelo le colgaba salvajemente sobre los ojos.

Por fin, el último barril se trasladó a la barcaza. Sin mirar atrás, Trenard saltó a bordo, agarró un largo bastón de madera y comenzó a salir al lago. A quince metros de la orilla, la profundidad se volvió demasiado grande para el uso de la pértiga, y la descartó por una tosca disposición de paleta de hoja cuadrada que manejaba desde una toma en la proa.

Durante un largo rato lo observé mientras conducía la torpe nave lentamente hacia los tramos superiores del lago. Luego, cuando una franja de árboles lo ocultó de la vista, me di la vuelta, corrí de regreso al pequeño bote de la noche anterior, arrojé los remos y me lancé en persecución. La curiosidad una vez más se había apoderado de mí.

IV

El lago estaba tan plano, inmóvil como un gran espejo, y las lápidas que tenía delante

parecían sólo reflejos más claros del cielo plomizo. Más adelante, el mausoleo abovedado se elevaba sobre el agua incolora como un escarabajo espantoso. Pero Trenard no se dirigió directamente hacia la tumba. Con cuidado, como quien avanza con un plan premeditado, maniobró hasta un punto a unos cuarenta o cincuenta pies de la entrada de la bóveda, y allí, deteniendo su remar, agarró uno de los barriles de acero y lo hizo rodar hasta el borde del bote. Disminuyendo gradualmente el espacio intermedio, remé mi propia embarcación paralela a la orilla, mirándolo.

Había reanudado su remar ahora, moviéndose lentamente hacia adelante con ese barril todavía en el borde de la barcaza, casi tocando el agua. Desde el barril, un líquido oscuro y pesado se derramaba sobre el lago, coloreando la superficie con un negro púrpura brillante, espesándose en un círculo cada vez más amplio.

¡Era aceite! Ningún otro fluido actuaría de la misma manera en contacto con el agua.

Vueltas y vueltas por el mausoleo dio Trenard. Ahora estaba bastante cerca y podía ver la expresión mezclada de miedo y determinación en el rostro del hombre. El rastro de aceite se ensanchaba poco a poco. Cuando se vació el tambor de acero, Trenard lo arrojó al agua y colocó otro en su posición. Y así repitió el proceso, dando la vuelta a la tumba una y otra vez hasta que la superficie del lago se volvió negra.

Por fin, se vació el contenido de los siete barriles y Trenard se dirigió a la entrada de la bóveda. Ató la cuerda de amarre alrededor de una de las estrechas columnas de piedra, saltó y vadeó las escaleras cubiertas de agua hasta la puerta. Un momento después escuché la barrera de hierro abrirse y lo vi desaparecer en el interior.

Pasaron cinco minutos, una eternidad con solo el suave lamido del agua sobre la mampostería circundante. Luego, mientras me inclinaba sobre la borda, Trenard reapareció y me sobresalté como si me hubieran dado un golpe. Desde la entrada de la bóveda estaba arrastrando algo pesado y oblicuo, luchando por deslizarlo sobre la barcaza. Una caja de madera negra, era... un ataúd... el ataúd tallado y ornamentado de su hermana, Sylvia.

Pero algo andaba mal. El hombre estaba haciendo esfuerzos desesperados por cerrar la puerta de hierro detrás de él. Sólo un pie lo separaba del pestillo, pero alguna fuerza interior parecía mantenerla abierta.

De repente, Trenard echó las manos hacia atrás y lanzó un grito de horror. Soltó la puerta y, con una estocada salvaje, se lanzó sobre la barcaza, soltó la cuerda de amarre y agarró el brazo del remo. Disparó la hoja de un lado a otro, moviéndose a través del agua espesa. La torpe embarcación comenzó a alejarse lentamente de la tumba.

Solo puedo relatar los eventos que siguieron como una secuencia de imágenes de

terror que permanecen grabadas en mi mente. De la entrada del mausoleo abovedado surgió algo. Era absolutamente bestial, un espectáculo tan indescriptiblemente repugnante que me mantuvo rígido e incapaz de creer lo que veía, dudando de mi propia cordura.

Arrastrándose sobre los escalones cubiertos de agua, más allá de las columnas talladas, apareció un monstruo enorme, hinchado, semisaurio, una serpiente marina gigante, un reptil acuático enorme y, sin embargo, una criatura con ocho patas de araña, peludas y articuladas como un insecto híbrido del lienzo del loco August Schlegel. El cuerpo, que se deslizaba sin cesar desde los recovecos interiores de la bóveda, era de un negro brillante y lúbrico; la cabeza, una masa plana, puntiaguda y sin rasgos distintivos. Mientras lo miraba fijamente, y una gran náusea surgía dentro de mí, inconscientemente lo catalogué, a pesar de esos apéndices hirsutos, como algo parecido a un mosasaurio, la serpiente marina gigante que infestaba los mares prehistóricos del Mesozoico posterior. Y, sin embargo, aunque no soy biólogo ni estudiante de paleontología, aunque nunca, más allá de la curiosidad casual, he profundizado en el tema poco conocido de la vida marina de presión profunda, sabía que no era una forma de vida evolucionada en nuestro mundo.

La criatura se abalanzó directamente sobre Trenard. De nuevo el hombre gritó, y su voz se disparó sobre el lago, gimiendo hasta la orilla más lejana. Ahora estaba trabajando como un loco en el remo, batiendo el agua aceitosa en grandes olas espumosas, y la barcaza, con el ataúd en el centro, avanzó lentamente.

Y mientras estaba sentado, paralizado, pensé que lo había comprendido todo. El interior de ese mausoleo, donde una vez habían estado sepultados los cinco reyes de Dras, constituía un canal, una abertura en el espacio, formado de alguna manera por los sacerdotes de esa antigua ciudad, que conducía desde nuestro propio mundo tridimensional al de la cuarta dimensión. Cuando Trenard levantó la tumba a la superficie desde el fondo del mar y la transportó hasta el cementerio Flume, el paso a través del espacio-tiempo no había perturbado esa abertura. Todavía existía en el interior de la bóveda, una puerta al mundo más allá.

¡Dios! Entonces entendí las acciones de Trenard. Él también había adivinado todo esto, mucho antes. Había vivido una vida de constante temor en su casa solitaria, y gradualmente se había obsesionado con la horrible idea de que el cuerpo de su hermana, Sylvia, estaba ahí fuera con el monstruo, que su ataúd desprotegido estaba al alcance de la cosa. ¿No es la muerte en nuestro plano sino un proceso de transmutación, de metempsicosis a otro mundo? ¿Y no la arrastraría esa criatura espantosa a un pozo de la más profunda corrupción donde estaría encarcelada para siempre?

La enorme cosa, con el cuerpo reluciente de limo y apéndices peludos que flotaban lentamente en el agua, avanzaba en persecución de la barcaza. Trenard forcejeaba con

el remo, lanzando frenéticas miradas detrás de él.

Fue una carrera mortal, un combate imposible entre una entidad sobrenatural de otro plano y un hombre loco de miedo. La proa cuadrada convertía la aceitosa superficie del lago en un río de tinta cremosa. Detrás, y esparcidos a intervalos cerca del mausoleo, flotaban los siete tambores de acero vacíos, medio sumergidos, como tantas marsopas negras a la deriva en un sueño desinteresado. En la costa sur, un arrendajo azul envió su agudo grito por el aire pesado.

Por un momento cerré los ojos, diciéndome que cuando los volviera a abrir descubriría que todo había sido un sueño horrible. Pero cuando miré de nuevo a esa monstruosidad que se enroscaba en el agua ante mí, una ola de terror me recorrió de pies a cabeza.

Los dos estaban apenas a diez metros de distancia. Desde donde yo estaba podía ver las venas de la frente de Trenard extendiéndose, mientras manejaba el enorme remo como un alambre tenso. Afortunadamente, quizás, las ocurrencias de los siguientes instantes se han borrado en mi memoria en una horrible vorágine de confusión. Sin embargo, tengo un recuerdo de pesadilla de haberme puesto de pie de un salto, casi hundiendo el bote y gritando salvajemente:

—¡Trenard! Trenard! ¡Oh Dios mío!

Allí estaba, en equilibrio sobre la superficie del lago, algo que no podía compararse con nada mundano, una creación de los confines de un infierno geométrico, con su cuerpo de pitón y patas de araña. Luego, con un silbido, se acercó a él.

Trenard tenía sólo un instante, una fracción de tiempo. Con un salto, se apartó del remo y trató de sacar algo de sus bolsillos. No pude reconocer qué era. Solo lo vi extraer algo. Una, dos veces, movió los dedos con frenéticos tirones. Entonces se encendió una llama anaranjada, y con un sobresalto comprendí. Trenard pretendía encender la pesada película de aceite que cubría la superficie del agua. Lo había planeado cuidadosamente como el único medio de autoconservación. Ahora dirigió la llama del fósforo a un barril y lo arrojó en llamas tras él. Luego, con un grito, miró por encima del hombro.

La cosa estaba sobre él, con la cabeza asquerosa girando sobre el borde de la barcaza, silbando con furia diabólica. Por pura fuerza, Trenard pareció apartarse de la mirada hipnótica de esos ojos negros. Se tambaleó hacia el extremo opuesto de la barcaza y se lanzó en el agua espesa. Incluso cuando su cuerpo desapareció momentáneamente bajo la superficie, una pared de llamas se disparó sobre el lugar, corrió hacia el monstruo y la barcaza, subiendo con la rapidez de un infierno.

Poco más puedo contar. Enmudecido, inmovilizado allí, en medio de las agitadas

lápidas, vi que todo el cuadro ante mí se transformaba al instante en un rugiente caldero de locura. Se oyó un violento azote y un forcejeo cuando el monstruo quedó atrapado en el centro. Una tras otra, siete veces seguidas, vi las patas de araña estallar en llamas, retorcerse y marchitarse como una cuerda ardiendo y finalmente caer. Del cuerpo incinerado se elevó un miasma espesa y verdosa, repugnante con el hedor de la putrefacción ardiente.

El lago cantaba con llamas ahora. Los reflejos rojos se clavaron en las profundidades del agua. La barcaza y su ataúd eran un holocausto furioso, una pira funeraria flotante que se consumía rápidamente. De Trenard no había ni rastro. Solo aceite en llamas, saltando más y más alto, se arremolinaba sobre el lugar donde había desaparecido. De repente, una densa nube de humo negro, pesado como fieltro, eructó hacia arriba y lo ocultó todo en una cortina acre.

No tenía deseos de ver más. Remé locamente hasta la playa. A dos metros de la orilla salté al agua y corrí salvajemente a través de los bosques goteantes, bajé por el viejo camino forestal y entré en la ciudad abandonada de Flume.

Hasta el día de hoy, mi paso desde el lago a través de las largas y tortuosas millas hasta Pine Island sigue siendo un espacio en blanco en el registro de mi memoria. Sólo hay un instante durante las interminables horas de ese avance que puedo recordar con cierto grado de claridad, un momento en el que llegué a un punto abierto más alto en el camino viejo y contemplé una escena que sondeó su penumbra sobre mi alma.

El cielo se ponía cada vez más oscuro y el desierto se extendía debajo de mí, como una alfombra oscura de un verde ondulado. En su centro, como una cuña de plomo, se encontraba la extensión elíptica de ese lago. A un lado se cernía una sombra más densa, que sabía que era el mausoleo de Dras, y sobre todo, de orilla a orilla, colgaba una nube de humo que disminuía lentamente.